



CARTAS DE GEDEÓN

Baños de Santa Agueda 2 de Agosto de 1896.

Ya estoy aquí, querido Calinez, después de un viaje tan accidentado como el de los proyectos especiales. Más feliz que ellos, llegué á mi destino, mientras continúan su peregrinación, y he de meterme en la pila antes que el Gobierno consiga sacarlos de ella.

Dejé en Vitoria el expreso, y recibíenme con cohetes, no por mi modesta persona, sino por la representación del Sr. Cánovas, que tan dignamente ostento. Pensando en el otro yo, recordé cuando en esa misma estación de Vitoria oí música de silbidos con lluvia de piedras; fué una de las páginas más desagradables de mi risueña historia, y siempre que viene al caso se lo cuento á Morlesin para que no se engría ó crea que en la vida de un hombre público todo el monte es orégano. Refiéresela de mi parte á Castellano y Tejada, para que no se crezcan.

En Vitoria me dijeron que las fiestas de la ciudad estaban próximas, y yo, pensando que, ni como Cánovas, ni como Gedeón, debo estar para fiestas, pregunté dónde caía el ministerio de Fomento.

—¡Cómo el ministerio de Fomento en Vitoria!— exclamarás tú.

—Tranquilízate, Calinez; era para pedir una cesta. Esos sencillos y ligeros carruajes me encantan, y ha llegado á mi noticia que el Sr. Linares Rivas es el hombre más inteligente de España en materia de cestas. Aun los mismos peletaris se las suelen encargar cuando les cae un partido de compromiso, y mereced á esto en las canchas gozan de idéntica celebridad las pelotas de Modesto Sainz y las cestas de Linares Rivas. Pregúntaselo, si acaso lo dulasas, á D. Amós Salvador.

Llevándole, pues, la cesta al ministro de Fomento, recorrí la llanada de Alava y bajé la cuesta de Salinas, tropezando á cada instante con los carabineros en ella destacados para impedir el contrabando de la cesta. Como tú no ignorarás, uno de los proyectos especiales del eximio Navarro Reverter es el del arriendo de la cuesta de Salinas, y ya la tienen acotada y defendida. Pero antes de pasar adelante, permíteme una sencilla divagación respecto al calificativo de eximio por mi pluma adjudicado al señor Navarro Reverter, con mengua tal vez de los respetos debidos á la Sra. Pardo Bazán.

¿Existirá acaso alguna semejanza entre el hacendista y la escritora citados? Reflexionemos. Ambos tienen un apellido doble y ambos hablan á veces de lo que no saben. Aquél se equivocó hasta en las cifras, y ésta ignora el significado de la palabra «inhibirse». El uno regala millones á los judíos, y la otra adjudica alas á las garruñas. ¿No es indudable la semejanza? ¿Será el Sr. Navarro Reverter, salvando su calva, la señora Pardo Bazán del partido conservador?

Reservemos este punto, querido Calinez, para discutirlo cuando regrese yo á Madrid, y sigo ahora la narración de mi viaje. La cesta de Linares Rivas pasó por Aréchavaleta y Escoriaza, y llegó á Mondragón, patria del alma de Garibay y de D. Francisco Silvela. En Mondragón me detuve y pregunté si sabía algo de la daga florentina. Me respondieron que no, pero empleando en sus respuestas mis interclucutores tales galicismos, que sin poderme contener exclamé: «¿ó estamos en la raya de Francia ó anda por aquí Eusebio Blasco!» Era lo segundo, Calinez; Eusebio Blasco resulta en París, Mondragón. Mira tú que capricho, ir á una capital tan grande para ser en ella un pueblo tan pequeño! ¿Tenía más que habérselo quedado en Madrid, donde hasta Eduardo Bustillo es poeta en el Blanco y Negro y crítico en La Ilustración? La megalomanía produce ¡oh Calinez! innumerables víctimas. Guárdate siempre de esa enfermedad, y prefiere ser Castellano en tu patria á Tejada en la ajena. Ello es que en Mondragón nadie sabe dónde está el alma de Garibay, ni lo que hará D. Francisco Silvela. Respecto á lo segundo, lo mismo nos sucede á todos los españoles. Y si he de hablarte con el corazón en la mano, juzgo que esa ignorancia no es suficiente para quitarnos el sueño.

De Mondragón. Santa Agueda la jornada es corta y el camino precioso. Toda la carretera va entre castaños, el árbol predilecto de los políticos españoles cuando pescan las riendas del poder. ¡Es tan fácil desde sus ramas dar la castaña! Ahora, en los días tristes de la oposición, los castaños se transforman en alcornoques, y nuestros políticos saborean entonces el fruto agri-dulce de la esperanza; la modesta bellota, presunta sucesora del garbanzo en el cocido nacional.

Llegué por fin al establecimiento de Santa Agueda; uno de los más hermosos balnearios edificadas en este país, y pedí incontenente habitación, pero no una habitación cualquiera, sino la que en temporadas anteriores fué albergue del Sr. Cánovas. Diéronme el cuarto núm. 69, cuarto de tan risueñas y hermosas vistas, que desde sus ventanas se domina toda la extensión del Parque, y no de Madrid.

Así es de verde, frondoso y lujuriente, que diría Amanuel, el panorama que desde ellas se descubre. ¡Sesenta y nueve! En el juego de la lotería llaman á ese número «arriba y abajo». Yo le llamaría «Cáno-

vas y Sagasta», porque cuando el uno tiene la tilde hacia arriba el otro la tiene hacia abajo, y viceversa. Es el número, en suma, del turno pacífico en levantar la tilde; cifra simbólica de la política actual, y, quien sabe si recordatoria, al propio tiempo, de otra fecha celebrísima en los fastos españoles. Pero no filosofemos. Yo me quité el polvo del camino y pregunté por el despacho del doctor. Recibíeme éste con amabilidad suma y me reconoció.

—Usted es Cánovas, me dijo.  
—Cánovas soy, efectivamente—le respondí—pero, ¿cómo me ha reconocido usted?

—Porque apenas comencé á auscultarle sentí que tenía lleno de ripios el corazón y á Silvela en la boca del estómago; conque, no me lo niegue usted.

—Pues bien, doctor, no he de negárselo; aun cuando no soy Cánovas *per me*, soy Cánovas *per accidens*, y en calidad de tal he de tomar estas salutíferas aguas, según sus preceptos y mandatos.

—En ese caso, no ha de bastar un regimen cualquiera para su curación. Yo consultaré esta noche mis clásicos, y mañana le pondre por extenso mi plan curativo. Duerma, pues, hoy, y descanse, que todo se andará.

En ello quedamos, y yo, antes de pedir albricias al casto y deseado lecho, te escribo ¡oh, mi predilecto Calinez! estos mal trazados renglones. Molido estoy, como después de oír un discurso de Salmerón. Acepta el abrazo que en mangas de camisa te envío, y dispón siempre de tu invariable amigo,

Gedeón.

LOS DOS AUGURES

(Fantasia romana en tres cuadros, que no son vivos, pero pudiesen serlo.)

I

(El augur Antonio en su Huerta de Preneste, como quien dice, junto al Hipódromo.)

—Inmortal Atanasio, los augurios será bien consultar en este día; hoy, que los Hados sobre Roma tienden su fatídico vuetto. Llama á Elduayen y dile que al momento, apercebido, venga hacia aquí. En el *interim* me informo de si los sacros pollos de Antequera conservan su apetito legendario que de la dicha patria es la medida. Consulte Elduayen los sagrados libros, que conserva entre el polvo del Senado, los que dietara en tiempos más felices la Sibila de Comas ó de Cumas, que viene a ser lo mismo. Vá ligero y vuelve sin tardar. Pero, ¿qué miro? Hacia aquí viene Lema presuroso; me traera retrasadas las noticias, que tal es su costumbre. ¿Qué me anuncia, Lema, ese tu semblante pensativo? ¿Qué ese misterioso color? ¿Qué esas ojeras que en la orilla del Táñais se esfumaron sobre tus bellos párpados? ...

¡Oh, dioses! ¿Creeré lo que me anuncia aqueste efebo que torna de la Dacia y la Pannonia, ó aguardaré la vuelta de Atanasio? Consultar á los pollos es preciso. Pi... i... Venid acá; venid, polluelos. Sepamos si os hallais inapetentes; nefaslo signo fuera. ¿Dónde el grano, Lema, estará que los polluelos comen? ¿Por Pólux, que lo busco y no lo encuentro! ¿Habrán estado aquí Maura ó Gamazo? Sin duda que estuvieron, pues no hay trigo; sobre él ejercen atracción extraña. ¿Cómo hacer, pues, la prueba de los pollos? Arrojales, ¡oh, Lema! credenciales, donde emporcarse puedan las patitas.

¡Por Hércules! ¡Las miran de soslayo y vuelven la cabeza sin picarlas!... Lema, esto va muy mal. ¡Fatal augurio el de la inapetencia de los pollos! Consultémos el vuelo de las aves. Para ello avisa al decurión Montareo, que suelte algunos pájaros de cuenta de los que guarda en el jaulón enorme del Municipio, á ver qué vuelo toman.

¡Oh, Jove! ¡Oh, Campo Grande de mi alma! ¡Los veo dirigirse al Abanico como á su centro natural! Lucina quiera sacarnos bien de aqueste parto en que nos han metido éstos y aquéllos. ¡Mil peligros se ciernen sobre Roma! Los gnóms de la guerra, cerciendo (cual de Cnapi *Los gnóms de la Alhambra*) se lanzan á las térreas legiones que Varo, digo, Weyler, manda y rige. Se nota ya la falta de talentos. (No olvideis que talentos son monedas.) Némesis implacable le ha cogido á Silvela su daga florentina, y la patria destroza, punza y raja. Maceo y Gómez en la selva umbria, como en los bosques de Germania Arminio, despreciar osan nuestro noble esfuerzo. Azcárraga claudica, y las legiones que de nuevo á la lid lanzar inventa, van á regañadientes, según veo. Por lo demás, el oro en nuestras arcas no parece, y buscándolo afanoso, Lépidio Reverter, tropel nefando á su encuentro le sale. Si no hebreos ansiosos de chupar el hidrargirio y el argento que enciernan nuestros montes

en su seno fecundo. Todo cruje, todo crepita, se cuartea todo. Todo, ¡oh, Lema! se hunde; Osma inclusive. Mas, ya vuelve Atanasio. ¿Qué me anuncia, noble amigo, tu rostro macilento?

¡Horror de los horrores! ¡Mi fiel Pazo en estatua de bronce convertido! ¡Mud! ¡Pidall! ¡Beránger elocuente! ¡Tuerto Linares! ¡Valdosera cojo! ¡A cien palmos de altura Castellano! ¡Ardiente Cos-Gayón! ¡Tetuán explícito! Y el hombre de la daga al fin triunfante... ¡Los bárbaros se acercan, Atanasio! Ya veo el cuadro que pintara Checa representado aquí. Parezca todo, pues que así lo dispone inexorable fatal Destino. Roma se derrumbe y en sus bases el templo se conmueva. La lira pulsará en el *entretanto*, y cual nuevo cantor de decadencia, sepultaréme entre mis propias ruinas, no sin que al mundo entero le recuerde que yo soy el que trajo las gallinas.

II

(El augur Práxedes en su villa de Tibur, situado junto á la via Apia... del Norte.)

—La cosa está que arde, según cuentan. Roma se hundirá al fin. ¿Írase Antonio? Ven, ¡Oh, Tirso querido, que te agite! Ven, ¡Oh, Amós adorado! ¡Oh, Crnz amable! Mensajeros de Roma, Segismundo me acusa de una parte, Germán de otra, de aquí el vate Gaspar, y de allá Eugenio. ¿Qué hacer en tal apuro? Yo mi pico no despliego, ¡por Maura! así me aspen. Consultémos las víctimas. Traedme al punto un laborante, y degollado como el macho cabrío, sus entrañas nos mostrarán, sin duda, lo futuro.

¡Horror de los horrores! ¿Qué estoy viendo! ¡Mil peligros se ciernen sobre Roma! (Aquí repite, sin quitarle un punto, la relación fatídica de Antonio y al oírlo, se asusta el gran Venancio.)

III

(Los dos augures se encuentran en el camino de Roma.)

—Buena soflama les soltaste, Antonio. —Pues no fué mala, ¡oh, Práxedes! la tuya. —Si así no lo arreglamos nos hundimos, porque Germán acecha cauteloso, y Silvela, á su vez, no se descuida. —Y el país se impacienta.

—El país rabia; lo conozco muy bien. —Silencio, Antonio, que no olvidemos el papel de augures conviene sobre todo, y de la risa importa no abusar.

—Deja que ahora suelte el trapo un momento, ¡oh, mi colega! (Los dos augures miranse y se rien.)

EN AUSENCIA DE GEDEÓN

(PIAVE Y PIFARTOS)

—De grandes cosas tengo que darte cuenta; oh, Pifartos amable.

—Demasiado sé que tú eres de los que dan cuenta, en lo cual no te pareces á algunos ministros de la Corona, que no saben darla de nada.

—¿Ministros de la corona has dicho, Pifartos? ¿Luego hay ministros tonsurados?

—Ministros hay para todo, Piave de mi corazón: los hay de órdenes menores ó de *prima tonsura*, como los de Gracia y Justicia y Ultramar; los hay de *prima*, sin *tonsura* para ellos aunque sí para la nación (que es la que resulta afeitada), como el de Marina, á quien ya hay que llamar el ministro de las *primas* y aun el de las *primadas*; háylos, finalmente ordenados de mayores. Pero sepamos, buen Piave, qué nuevas son esas que has de comunicarme verbalmente, ya que si lo hicieras por carta, no llegarían hasta mí sin el visto bueno del D. Dámaso á quien ahora toque el turno.

—Has de saber, Pifartos, que aun cuando nuestro ilustre amigo Gedeón se encuentra remojándose en Santa Agueda, por obedecer á D. Antonio, el cual sin la abnegación de nuestro amigo, no hubiera podido desempeñar en el Congreso el papel de *ave agorera de viejas ruinas*, su espíritu, es decir, el de Gedeón, se conserva en la Cámara y en él se inspiran, como en la mejor fuente Hipocrene todos los ninfos del *Casta-lío* coro. Gedeónicamente vivimos, discutimos y votamos; gedeónicamente nos preside el chico de las de Pidal y Mon, y hasta los maceros, antes tan espetados y tiesísimos, van tomando cierta gedeónica inclinación para sostener la maza.

—Mucho me extraña lo que dices, ¡oh, Piave! Ni comprendo cómo el espíritu de Gedeón haya logrado infiltrarse en las Cortes, ya que tan sólo una vez se levantó nuestro amigo para hacer uso de la palabra, y ni una sola vez lo hizo de los sellos color de rosa, de que tan pródigos se muestran los padres de al patria.

—Y para qué había de hablar Gedeón, si cuantos oradores se han levantado en aquel local, que unos creen agosto y otros le creen Suárez de Figueroa,

interpretaron á maravilla, en la forma y en el fondo, el pensamiento de nuestro querido cofrade?

—Razón tienes, Piave, y sin duda quien mejor ha acertado á encarnar el espíritu de Gedeón ha sido el hombre de la daga.

—¿A quién te refieres?

—¿Eres Dato ó Piave? ¿A quién he de referirme, sino á D. Paco Silvela, flor y espejo de la disidente caballería?

—Eso prueba cuán Peña Ramiro eres, ó lo que es igual, cuán atrasado te encuentras de noticias, buen Pifartos. ¿Por ventura ignoras el sucedido del cambio de la daga?

—Lo ignoro tanto como Bonafoux el castellano.

—Pues, aunque parezca cuento, sucedido es, y voy á referirtelo brevemente: Sabrás, inocente Pifartos, que D. Paco Silvela, tal vez considerando de cuán poco provecho le era la famosa y tajante daga, tal vez obedeciendo á inclinaciones que no debemos analizar, decidió subastar tan inútil instrumento de muerte. Verificóse la subasta, sirviendo, como es natural, de martillo, el Sr. Rodríguez San Pedro. Y ¿a que no sabes quién hizo la postura más alta?

—Castellano de hijo que no fué. Pero tal vez fuese Aguilera ó Juan y Medio, que también sabe de posturas.

—Pues no, Pifartos, no lo creas. Quien se quedó con el uso, y aun con el abuso de la daga, fué D. Pepe Canalejas, que ha tiempo se siente, por lo menos, tan florentino como D. Paco, y hasta como el propio Maquiavelo, y aun como el magnífico Lorenzo de Medicis.

—¿Qué me dices, Piave?

—Lo que oyes, Pifartos. El verdadero hombre de la daga, hoy, es Canalejas, y ahora es cuando vamos á presenciar maravillas de esgrima, supuesto que á D. Pepe bien puede aleccionarle su cuñado, y para casos de mellas ó roturas, tiene Herrero á mano.

—¿Y ha realizado ya alguna proeza el nuevo poseedor de la daga?

—Ya lo creo. Con quien primero se ha batido es con Reverter.

—Pues tampoco ese anda mal de esgrima, y si no que lo digan los contribuyentes.

—Si, pero considera, ¡oh Pifartos! que los primeros golpes de daga no los dirigió D. Pepe al propio Reverter, sino á ciertas ninfas mitológicas que éste ha mandado pintar al desnudo en un salón del ministerio de Hacienda, en donde tal vez se proponga recibir la visita de Canga Argüelles ó de los padres de familia.

—¿Y luego, contra quién la esgrimió?

—Luego, ¡escucha, Pifartos, y emocionate! luego, envainó la daga, y dejando ver la más dulce sonrisa que bajo aquellas cejas frondosísimas cabe, lanzó tal rociada de piropos sobre nuestro ausente amigo Gedeón, como en su vida los habrá oído ni el propio duque de Tamames.

—Eso demuestra, Piave, la influencia misteriosa de la daga. Tratan, sin duda, de cazar á nuestro amigo ilustre. Conviene ponerle sobre aviso, porque la intencion de *asalto* es manifiesta y patente. Ese Canalejas es hombre capaz de todo; hasta de enviar á Jenofonte á Santa Agueda para que convenza á Gedeón, ya que á los demás no nos hacuuvencido.

—Pero déjame hablar, Pifartos. Lo mejor es que las flores de Canalejas ya caían sobre las de Reverter, que había vertido antes todas las crisantemas y las lilas de su retórica á lo Grilo sobre nuestro excelso bañista.

—¿Qué horror! ¡Flores de Canalejas sobre flores de Reverter! ¡Qué aromosa y macabra mescolanza!

—¿Y qué hacemos ahora con semejantes vergeles?

—Una idea se me ocurre, Pifartos. Formemos con esas flores un *bouquet* espléndido y con las tarjetas de ambos donantes y con la de Gedeón, remitámoslo á D. Germán Gamazo.

## DE OJEO

Y dice doña Emilia, así como quien no dice nada, hablando del teatro libre:

«Los nombres ya conocidos, aunque nadie ponga en duda la legitimidad de su gloria, llegan á cansar, sobre todo aquí, donde es tan corto de resuello el público: y así como los periódicos se afanan porque escriban cuentos los sabios y los militares, y artículos científicos los poetas, sólo para *mover el cartel*, lo que solicitan las empresas teatrales, es carne fresca.»

¿Quién habrá tan ciego, que no vea tras de esa tela de cedazo, un grito del alma de la eximia escritora, que suele tener algunas *espontaneidades* graciosísimas?

A ninguna, mujer, por eximia que sea, le gusta que le pisen las faldas.

Y, ¡qué claro eso de que los nombres ya conocidos llegan á cansar! ¿A quién? Como no sea á la propia doña Emilia...

Lo que cansa, noble amiga, son los nombres conocidos con reputación falta de fundamento, los de los autores malos. De A, de B, y así sucesivamente hasta la Z, todo el mundo está cansado, pero no de Galdós, ni de Pereda, ni aun de vos misma, señora. Pero también nos cansaremos si salís *arrempujando* en tal guisa. Porque la alusión á los sabios que

escriben cuentos y á los poetas que escriben artículos científicos, la cual viene inmediatamente después de un artículo de Echegaray, más que alusión, es un codazo ó un puntapie como el que da en la arena del mar quien, creyéndose ahogado, pretende salir á flote de repente.

Tampoco deja de tener gracia la idea de presentar como contrasentido ó como disparate el que los militares escriban cuentos, pues ó Gedeón no sabe jota de letras, ó cabalmente en el Parnaso español hay tantos, cuando no haya más militares que paisanos. ¡Válanos Dios y por qué registros vierte doña Emilia su mal humor!

Ya no le quedan elogios más que para Thuiller, á quien llama el más atildado y meticoloso de nuestros actores.

Pase lo de atildado; pero ¿qué datos tiene doña Emilia para afirmar que Thuiller es *meticuloso*, es decir, miedoso, cobarde ó pusilánime?

Tachar de *meticulosidad* á un hombre hecho y derecho es cosa de las que sólo pueden escribir manos blancas, acostumbradas á que no se ofendan de sus alfilerazos los actores ni los sabios que escriben cuentos, ni los militares que manejan *ora la espada, ora la pluma*.

Doña Emilia, pues, *abusa de sus ventajas*, con objeto de *mover el cartel*, como ella dice, y eso no vale.

Como tampoco vale censurar lo que la propia autora llama *carne fresca*, si verdaderamente es fresca y carne.

Lo que sucede es que muchas cosas parecen *carne fresca* y son *legumbre pasada, ó manida*, como diría, sin duda, nuestra eximia *en torno al casticismo* barato del Sr. Unamuno, quien, según resulta ahora, aunque se llama profesor de Derecho en Salamanca, no es sino catedrático de griego, ó sea que ni siquiera sabe decir á derechas qué clase de garnacha viste por oficio.

Lo del griego, á pesar de todo, ya lo habíamos conocido, porque el hombre piensa en griego y escribe en *gringo* puro.

También escribe del *teatro libre* el genial Antonio Vico (*genial* de otra manera que la Srta. del Prado, á quien tanto aplauden los críticos por horas), y en realidad lo que hace es repetir el eterno memorial de sus particulares desdichas, que todos conocemos y lamentamos, pero que no hacen muy al caso por el momento.

Aquello parece un artículo de esos autobiográficos que suele escribir el Sr. Peña y Goñi cuando se propone hablar de crítica musical ó cosa así.

Por cierto que tiene una frase muy graciosa: «Me pregunta usted mi opinión—dice, dirigiéndose á Ortega Muniña,—y debo corresponder al honor que me tributa.»

No, D. Antonio; el honor ese no se le tributa á usted, se le *concede*; porque los honores sólo se tributan á reyes, príncipes y grandes señores... y también á los cómicos cuando están en el teatro, pero no fuera de él, por lo menos hasta que se mueren.

Además, ahora es muy peligroso hablar de *tributos* y de *tributación*, porque el Sr. Navarro Reverter está acechando con tamaño ojo, como los de su colega el de Fomento y en cuanto ve *tributar* alguna cosa, ya está echándose encima.

Ya tenemos otro *eximio* con quien regocijarnos.

¿Que quién es? Salvador Rueda, que ha estado en Córdoba unos días y ha gustado mucho allí.

Claro. ¡Si le comparan con Grilo!...

Dice un periódico que, en honor de Rueda se celebró una velada. ¿En donde? preguntarán ustedes. Pues, en la *Academia de Ciencias*.

¡Demonio! ¿De qué ciencias será esa Academia en donde *velan* á D. Salvador?

Será una Academia de ciencias exactas ó de Geodesia, y los socios se distraerán en *triangular* los cortijos poéticos del autor de *Fornos*, ó en medir el *largo* y el *ancho* (el *hondo* no es fácil) de los sonetos con *prolongas* que construye su merced.

Desengáñese el amigo Rueda: esos veraneos literarios suelen no sentar bien al cuerpo ni al espíritu.

A menos que él diga, como han dicho Dicenta y Paso, que están *de veraneo* en la región más caliente de Europa: en las Baleares.—¡Que se fastidie el cuerpo y que viva el espíritu!

## g armas al hombro

Anteayer, en la sesión del Congreso—observa un periódico—se vió que el marqués de Mochales tenía un talismán.

Ya nos lo figuramos. Si no, ¿cómo habria llegado á la subsecretaría?

Pero el talismán era para hacer enmudecer á los oradores ministeriales: un invento del Sr. Cánovas.

Lo malo es que este, como todos los inventos, á quien no aprovechan es únicamente al inventor, es decir, *al que los pone*, al revés que sucede con otras cosas que se ponen también.

Y el talismán para hacer callar al Sr. Cánovas ¡ay! todavía no se ha descubierto.

Ni el que sirve para hacerle hablar. Contra todos los talismanes posibles, tiene él uno

eficacísimo: Morlesin, á quien lleva siempre colgando de la leontina.

Los azucareros se han sublevado, como si dijéramos.

Ellos habian convenido una cosa con el Sr. Romero Robledo, que también lo es (de remolacha, naturalmente), y ahora, el Sr. Reverter se negaba á concedérsela.

Pero se fueron á Cánovas, amenazándole con todas las tenacillas de punta, como si fuese un terrón, y D. Antonio les dijo, muy amoseado:

—Ea, váyanse ustedes á Reverter y díganle que lo mando yo y que no replique, ó le pongo de patitas en la calle.

Y, claro, Reverter accedió á todo.

¿Qué no haría el por D. Antonio? No digo yo los azucareros; hasta las cafeteras es capaz de tragarse á la menor indicación del Amo.

Dicen los ministeriales, hablando del negocio de Almadén, que su aprobación constituye para el señor Cánovas, no sólo un *empeño* de amor propio, sino el deseo de no faltar á una palabra *empeñada*.

Y añaden que «Rothschild mantiene su compromiso y desea que el proyecto se apruebe. Así se explica el *empeño* de Cánovas».

Pero, señor, ¿esto es una nación ó un Monte de Piedad? El *empeño* de amor propio... La palabra *empeñada*... ¡El *empeño* de Cánovas! ..

Como se vé, asuntos de *interés* todos.

Sería curioso averiguar cuánto vale Cánovas pignorado y en qué sección le incluirán.

En la de alhajas, desde luego; y en la de alhajas buenas, no falsas.

Esa ventaja le lleva D. Práxedes: que no hay quien le *empeñe* en nada. Todo le es igual.

Anuncian los periódicos la salida de la señora Tubau para el Nuevo Mundo, aunque no para el de Perojo, que ya tiene otras *salidas*, americanas también, y *giberquistas*... por no decir otra cosa.

María Tubau se lleva diez mil duros en trajes, que seguramente no serán de rayadillo.

Y dice un diario, dando proporciones de artículo *doctrinal* á un suelto de contaduría, que después de terminar la campaña de México, *conquistará* la señora Tubau *nuevas victorias* en Venezuela, Guatemala, el Perú, Chile, etc., etc.

Bueno, bueno. Eso es lo que hace más falta. Conquistar victorias en América.

A ver si tenemos otra como la del *desquite de Rocroy*, que se dijo con motivo del *Cid* de Corneille.

Pero mejor sería obtener las victorias fuera de las tablas. El mismo Palencia, que es buen español, preferiría que aplaudiesen á Weyler y silbaran á María, á su María.

Victorias de trapo las tenemos sobradas.

El problema grave de estos días, no te quepa duda, Pifartos, es si doña Emilia sabe ó no sabe escribir.

—Clarín opina que no.

—Haces mal, ¡oh, Pifartos!, en *adelantarte*. Se trata de doña Emilia Marchessi, la que se marchó á Valencia á tomar baños y á remojar el lio de Correos.

—Ya caigo, Calínez. Te refieres á la amiga de don Dámaso; porque en este proceso todos tienen *don*.

—Si; los que tienen *don* han parecido. Los del *din* son los que no parecen. Además, el *don* que poseen debe de ser el de la *doble vista*, para enterarse del interior de las cartas, ni más ni menos que D. Antonio se entera del interior de las personas en cuanto las echa aquella vista, que á veces parece doble y á veces cuádruple, según las posiciones que toma.

—Y tú, ¿qué opinas, Calínez? ¿Crees que doña Emilia sabrá escribir de corrido?

—¿De corrido? Y hasta de *corrida*, cándido é inocente Pifartos.

—Pues los periódicos dicen que esa apreciable señora, por todo equipaje, llevaba en la mano un envoltorio. Otro lio, sin duda.

—¡Ya, ya! Buen apañó se ha encontrado el señor marqués de Lema para descansar de su viaje á Hungría.

—Creerá que sigue viajando. Ha salido de Buda Pesth y ha llegado á *Liorna*.

El domingo hubo la acostumbrada corrida de novillos. Toreó *Mateito*, y estuvo tan mal como su homónimo el de Avila. Todo se le volvió acosones, *tomas* de olivo, pinchazos en hueso, estocadas pescueceras... Por fin, hasta le echaron al corral uno de los toros. El bicho le decía: *Explicale, Mateo*; y él, nada, sin explicarse y sin arrimarse y sin pinchar. Resultado: que salieron los mansos.

Aplíquese el cuento, que no es cuento, sino verdad, D. Mateo el Ermitaño, á quien también vemos huido y desconfiado como el último maleta de invierno.

Hay que arrimarse, torear y pinchar.

Si no, salen los mansos.

Gedeón no ha de explicar quiénes son los mansos.

El que se crea apto para el papel, que lo *desempeñe*.

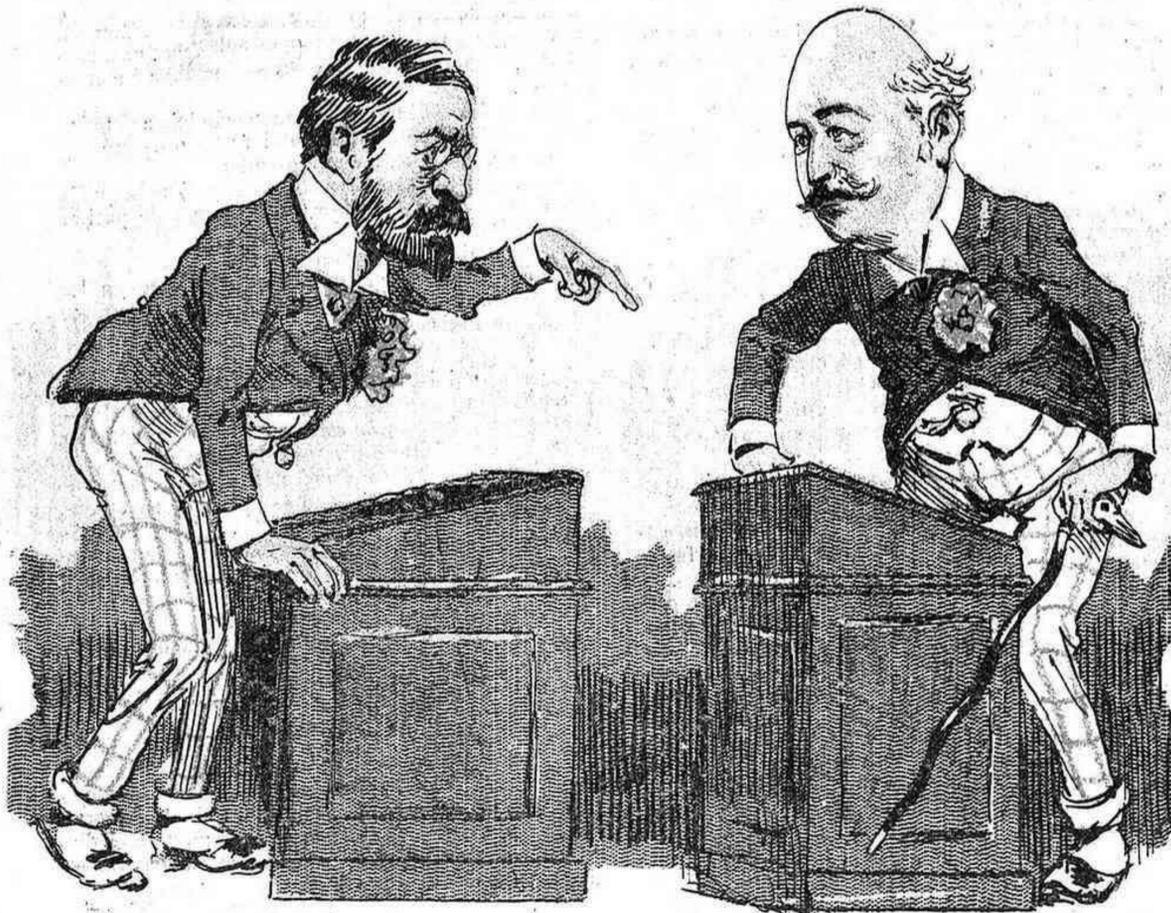
# GEDEONIZANDO

NOTICIAS PARLAMENTARIAS,

# NUEVO DICCIONARIO de la Real Academia Gedeónica

(No confundirla con la de enfrente)

(Continuación.)



«Aprovechando la ausencia de Gedeón, se han dedicado á desempeñar el papel de nuestro ilustre amigo los Sres. Navarro Reverter y Canalejas. Gedeón se felicita de verse representado tan á lo vivo.

ANDARIEGO.—D. Aureliano, ya se sabe.  
 ANDAS.—En lo que llevan sus amigos al ministro de Gracia y Justicia, no porque sea santo, sino por alzarle un poco del suelo.  
 ANDEN.—El paseo favorito de D. Práxedes en todo tiempo, y en verano, el de Monte Cristo, Mascarilla y demás mozos aristocráticos.  
 ANDORGA.—La inteligencia de algunos dramaturgos aplaudidos.  
 ANDRÓGINO.—El entendimiento de Doña Emilia, según D. Emilio.  
 ANDRÓMINA.—Con lo que sale siempre D. Nicolás Salmerón.  
 ANÉCDOTA.—Ciencia de Fernanfior.  
 ANEJO.—Morlesin.  
 ANEMIA.—Lo que padece el país, según D. Antonio Cánovas. Lo que padece D. Antonio Cánovas, según el país.  
 ANÉMOMA.—Planta ranunculácea grata á D. Emilio. || *A-nemo-ná marina*: el Sr. Beránger, como *a* privativa, como *nemo*, ó nadie, y como *ná*; es decir, una especie de negación por partida triple.  
 ANEO.—El que ha perdido la voz ó no está en voz. Véase *Práxedes*.  
 ANESTESIA.—Insensibilidad. Estado ordinario del Sr. Pi y Margall y de sus lectores, si es que todavía quedan tontos para ello.  
 ANEURISMA.—De lo que pende la vida y la salvación de la patria... y las crisis.  
 ANEXIÓN.—El sueño de los yankees (con perdón) respecto de Cuba; el resultado que buscan el tío Sam, Máximo Gómez, Giberga, el compañero Iglesias (con perdón también), Maceo y demás filibusteros mejor ó peor disfrazados.  
 ANFAUTO.—Dilatación de un pedúnculo. A Campillo con la palabreja.  
 ANFIBIO.—El marqués de Comillas, pues vive de la tierra y del agua.  
 ANFIDASIS.—*Velludo por dos lados*: ya se sabe, el doctor Esquerdo.  
 ANFISORIS.—Especie de musaraña. En lo que piensa el ministro de Gracia y Justicia.  
 ANFISCIO.—El que tiene sombra por todos lados. Ejemplo, D. Eduardo Bustillo, *sólo que la sombra es mala*.

## ¡¡PANTORRILLES, GRAN CRUZ!!

(MORALEJA)

18 de Agosto FOLLETÓN DE «GEDEÓN.» Núm. 6.

### EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

#### La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

#### CAPÍTULO IV

##### El Brujo

Había en Madrid, por los tiempos á que se refiere nuestra narración, un brujo de influencia tan poderosa respecto á las nubes, que éstas se hallaban completamente á su disposición.

Las reunía á su placer y las disgregaba cuando quería; «zábalas, en fin, como á perrillos falderos, que en diciéndoles ¡chus-chus! vienen obedientes al mandato de su amo.

Este brujo, por hacerlo todo al revés, había trabucado su nombre y apellido, volviéndolos lo mismo que un calcetín, por lo cual gozaba en la villa y corte de gran predicamento, siendo sus vaticinios solicitados por los periódicos de más circulación, los cuales se honraban insertando en sus columnas profecías y presagios de cuanto había ocurrido uno ó dos días antes.

Aparte de estos medios de propaganda, el brujo publicaba por su cuenta un *Boletín*, cuya administración hallábase establecida en una peluquería, como indicando que con aquel *Boletín* se afeitaba maravillosamente al público.

La fama de que gozaba nuestro brujo era tan grande como merecida, y el mismo Fernanfior, rey de los elegantes de la corte, le consultaba respecto al terno que debía llevar al siguiente día, según el tiempo que el brujo le pronosticaba que tenía obligación de hacer.

Pero la gran especialidad del misterioso sabio á que nos referimos era la de hacer llover; á esto nadie le ganaba, ni el mismo Campillo, artificioso forjador de tempestades, aunque siempre reducidas á vientos y truenos.

Llegó Rocambole, como digimos, á la peluquería donde se hallaba la administración del *Boletín* del brujo, pasando impune con su traje de momia por entre los horrores del incendio y á través de las enfurecidas turbas.

Subió á la peluquería, y saltóle al paso un oficial.

—¿Qué va á ser?—le preguntó al maestro, y este respondió:—Busco al amo de las nubes. Decidme dónde está.

—Dirigios á la calle de los Tres Peces—respondieron;—llamad en el número 516, y en la guardilla tercera de la derecha le encontraréis en el observatorio. Llevad un paraguas.

Rocambole, sin replicar una palabra, siguió las indicaciones que se le hicieron para el hallazgo del brujo, y al poco tiempo se hallaba en la presencia de éste.

No nos entretendremos en describirle. Baste decir que se rezumaba.

—Maravilloso dueño de la lluvia—le dijo Rocambole, inclinándose.—Mis enemigos han incendiado á Madrid para achacarme la realización de tal crimen. Las turbas, enfurecidas, van por las calles, profiriendo contra mi gritos de

muerte. Quiero burlar una vez más á mis enemigos, malogrando sus mejor trazados planes, y para eso acudo á tu presencia.

El brujo estornudó—señal de tempestad próxima,—y luego dijo:

—Habla.  
 —Deseo que provoques tal lluvia sobre Madrid, que apague con sus raudales el terrible incendio que se ha ensenoreado de la corte.

—¿No eres tú dueño de *El Tiempo*?—le interrogó el brujo, con envidiosa entonación.

—Dueño de *El Tiempo* soy—respondió Rocambole,—pero mi *Tiempo* es el tiempo de un verbo.

—¿De qué verbo?

—Del verbo «Esperar»; y ahora, como ves, no es posible á poco que nuestra conversación dure, Madrid quedara destruido. Con que, aprésura—si quieres atender mis súplicas—tus artes mágicas, para que la lluvia, descargando sobre la población, apague rápidamente las llamas.

—¿Y qué me darás en cambio?

—Te daré á Rancés, para que los dos hagais un almanaque. El pondrá los chistes; tu las profecías.

—Aceptado—respondió el brujo;—espera un instante. Entró en una habitación próxima, y al poco tiempo volvió con un impermeable.

—A hora, sígueme—dijo,—y los dos salieron al tejado.

—¿No ves por encima de la espesa capa de humo que cubre á Madrid, brillar serenamente las estrellas?

—Si las veo, como si me hubiera pisado Romero Robledo.

—Pues bien; apenas profiera yo las palabras sagradas, el cielo se llenará de nubes, que, á un gesto mío, dejara caer sobre Madrid un verdadero diluvio. Observa el prodigio.

—Atento estoy.

—Espera que me ponga *El Liberal*; é hizo efectivamente con este periódico una montera que colocó sobre su cabeza. Después tosió, y dijo:

—«Nubes esclavas mías, que os congregáis en el país de las Batuecas. Venid rápidas, que yo os llamo.»

«Oh maravilla! A los dos segundos todo el cielo de Madrid, de Norte á Sur y de Este á Oeste, estaba cubierto de nubes.

Rocambole las miraba, diciendo: ¡Parecen diputados de la mayoría cuando van á votar un disparate!

Entonces el brujo, subiendo al caballete del tejado, escupió tres veces en dirección del cielo, y la lluvia, como una densa catarata, descendió sobre Madrid.

Sus torrenciales turbiones cayeron sobre las casas incendiadas, cuyas llamas se retorcian ahogadas por aquel diluvio. Las turbas, absortas por el prodigio, trocaban sus mueras á Rocambole por gritos de alegría. Al terror sucedía la confianza. El incendio iba apagándose rápidamente. El agua corría como desbordado río por las calles. El Manzanera había subido hasta un litro de caudal. Pozo-Blondo estaba lleno, y el marqués del Pazo se le convertía en o la *a* de la primera parte de su título. Rocambole, rebotando satisfacción, estrechó entre sus brazos al brujo, y hasta con la alegría del triunfo le llamó ¡hijo hermoso!

Todo era dicha en aquella población, há poco tan amenazada de perecer en el incendio.

Y cuando el agua llegaba ya á los primeros pisos de las casas, y se habían anegado varios sótanos y almacenes, y hasta la cueva del Gobierno civil, el Gobernador, revolviéndose en su lecho, donde no hacía mucho tiempo había exclamado: ¡Parece que se quema algo!—exclamó de nuevo, con el mismo tono de duda:—¿Cualquiera diría que lluevel!

(A seguir.)



Muchas gentes sencillas suelen poner en cruz las pantorrillas, pero el monstruo andaluz pone en las Pantorrillas la gran cruz. Estos conservadores, como ves, lo hacen todo al revés